

Nuevos y viejos nacionalistas: la cuestión territorial en el tardofranquismo, 1959-1975

Xosé M. Núñez Seixas

Universidade de Santiago de Compostela

Resumen: El artículo se centra en una interpretación general del resurgimiento de la cuestión nacional y territorial durante la década de 1960, como uno de los factores que confluye en la revigorización de la oposición antifranquista e incide en la crisis final de legitimación del régimen de Franco. Se examinan en clave comparada tres dinámicas: *a)* la continuidad y mutaciones experimentadas durante esa época por los movimientos nacionalistas de anteguerra; *b)* el surgimiento de nuevos nacionalismos y la reformulación en clave izquierdista y anticolonial de los «viejos» nacionalismos, y *c)* la articulación de nuevos intereses y discursos de reivindicación territorial en el seno del propio aparato de poder franquista.

Palabras clave: tardofranquismo, nacionalismo, regionalismo, cuestión territorial.

Abstract: This article attempts at a general interpretation of the resurgence of the national and territorial question in Spain throughout the 1960s. This phenomenon was crucial to reinforce Antifrancoist opposition, and played an important role in the final legitimacy crisis of the Franco régime. Three aspects will be examined from a comparative perspective: *a)* the continuity and changes undergone by prewar substate nationalist organisations; *b)* the emergence of new substate nationalisms, as well as the ideological turn to the «anticolonialist» left experienced by some of the historic nationalist movements, and *c)* the articulation of new territorial claims, as well as of new discourses of territorial vindications, within the local and provincial echelons of the Francoist state apparatus.

Keywords: late Francoism, nationalism, regionalism, territorial question.

Durante la próspera década de 1960 y hasta mediada la década siguiente, los nacionalismos subestatales en Europa occidental, todos ellos con raíces más o menos sólidas en el periodo de entreguerras, si no en el siglo XIX, tenían un protagonismo más bien limitado en la agenda política. Fuera del caso de los *partidos étnicos* de Tirol del Sur o de la minoría suecohablante de Finlandia, la fuerza electoral de los partidos nacionalistas *periféricos* oscilaba entre la insignificancia y la modestia, tanto en Bretaña como en Escocia, Gales, Frisia o Cerdeña. Apenas algunos de ellos, sobre todo en Flandes y en menor medida en Cerdeña, disfrutaban de representación parlamentaria a nivel estatal, y aun así en niveles modestos: los partidos nacionalistas no superaron el 10 por 100 de los votos en Flandes hasta 1965, y los autonomistas sardos estuvieron por debajo de ese umbral hasta 1984. Sólo en Irlanda del Norte, desde 1967, empezaron a manifestarse las reivindicaciones de la población católica, en demanda de equiparación legal y de eliminación de las restricciones jurídicas y políticas que perjudicaban objetivamente a aquélla respecto a la mayoría protestante. Pero el Ulster se convirtió en uno de los mayores focos de conflictividad etnonacional en Europa a partir de 1972. El «problema corso» empezó a cobrar relevancia para el Estado francés desde principios de la década de 1970. Y el ascenso de los nacionalismos escocés y galés tuvo lugar, como efecto retardado en parte de la pérdida del imperio colonial y de la reconversión industrial y económica de Gran Bretaña, a partir de las elecciones de 1970¹. Las primeras medidas orientadas hacia la federalización del sistema de partidos en Bélgica empezaron en 1965, y hasta 1968 no se tradujeron en el nivel institucional. Del mismo modo, sólo después de mayo de 1968 se registró en Occitania o Bretaña una mayor visibilidad de las demandas nacionalistas, que hasta la fecha sólo se han traducido en muy magros resultados electorales y políticos. A pesar de que, en particular, el ascenso de los nacionalismos galés y escocés, así como el recrudecimiento del conflicto norirlandés, provocaron una ola de interés académico por lo que pasó a denominarse *resurgir étnico* de las periferias europeas, en la gran mayoría de los casos no se trataba

¹ Cf. COAKLEY, J.: *The Social Origins of Nationalist Movements. The Contemporary West European Experience*, Londres, Sage, 1992; PUHLE, H.-J.: *Nationen, Staaten und Regionen in Europa*, Viena, Picus, 1995, y NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis, 2004 [1998], pp. 265-386, para una visión general.

de movimientos nuevos, sino que ya existían a principios del siglo XX².

A ese aparente estancamiento de las reivindicaciones etnonacionalistas en Europa occidental hasta finales de la década de 1960 contribuyeron varios factores. Primero, el pasado de colaboración con el fascismo y el nacionalsocialismo que había marcado de forma casi indeleble la legitimidad política de varios de aquéllos: particularmente, de los nacionalismos bretón, corso, alsaciano, frisón y flamenco. Sólo el tradicional *Partido Sardo d'Azione* disfrutaba en la escena política italiana de un cierto pedigrí antifascista. Segundo, los nacionalismos de Estado habían salido reforzados y reinventados tras la Segunda Guerra Mundial, con base en un nuevo consenso nacional antifascista más o menos idealizado, pero que actuó de eficaz mecanismo de relegitimación. Tercero, la falta de renovación político-doc-trinal y estratégica de varios de esos movimientos nacionalistas y, en algunos casos, una estructura de oportunidades desfavorable para su consolidación electoral —sistemas electorales mayoritarios, ausencia de instituciones y campos de competición político-electoral meso-territoriales, etcétera— fueron factores que también contribuyeron a ralentizar sus posibilidades de crecimiento social.

En ese panorama, el caso español presentaba una triple peculiaridad. Primera, y al igual que ocurrió dos décadas después en algunas áreas de Europa oriental, los nacionalismos periféricos disfrutaban de la legitimación social y política —también operativa en el ámbito internacional— de ser aríetes de la oposición frente a un régimen dictatorial. Segunda, aquéllos participaban en mucha mayor medida que la casi totalidad de los movimientos etnonacionalistas europeos de un pasado inequívocamente marcado por la oposición al fascismo. Tercera, el no poder demostrar su fuerza electoral y social hasta 1977 convertía a España en una incógnita, al igual que ocurría en varios países de Europa oriental. Pues un hecho cierto era que con anterior-

² Son buenos ejemplos BEER, W.: *The Unexpected Rebellion: Ethnic Activism in Contemporary France*, Nueva York, New York UP, 1980; SMITH, A. D.: *The Ethnic Revival*, Cambridge, CUP, 1981, y TIRYAKIAN, E. A., y ROGOWSKI, R. (eds.): *New nationalisms of the developed West*, Boston, Allen & Unwin, 1985. Los estudios de Walker Connor durante la década de 1970 y 1980 también pecaban en parte de su creencia en el etnonacionalismo como fenómeno característico del capitalismo avanzado: CONNOR, W.: *Ethnonationalism: The Quest for Understanding*, Princeton (NJ), Princeton UP, 1994.

ridad a 1936-1939, de modo particular en Cataluña y el País Vasco, los nacionalismos subestatales ya eran una realidad sociopolítica de notable implantación, que en el ámbito de Europa occidental no tenía un parangón claro.

¿Hasta qué punto las identidades nacionales alternativas a la española habían sobrevivido, más o menos *hibernadas*, durante el franquismo? ¿Contribuyó el contexto de privación de libertades y la política de nacionalización española de cariz autoritario del franquismo a reducir el arraigo de los nacionalismos subestatales? ¿O, por el contrario, y al igual que había ocurrido durante la Dictadura de Primo de Rivera, había tenido aquella política de nacionalización efectos contraproducentes, creando en nuevas generaciones de vascos, catalanes y gallegos —o valencianos, o canarios— una mayor aversión hacia la identidad nacional española, y entre otros sectores de población una difícil identificación con una visión unívoca de España? ³ Del mismo modo que ocurrió en Europa del Este tras 1989, podemos suponer que dentro del tardofranquismo se registraron por igual procesos de supervivencia de viejas identidades nacionales, nuevas manifestaciones de esas identidades que debían buena parte de sus características al contexto de lucha antifranquista, pero también al conjunto de factores macropolíticos que afectaba al resto de nacionalismos subestatales de Europa occidental.

Memoria nacional y sociedad civil

Cuando José Antonio Aguirre falleció de manera repentina en el exilio el 22 de marzo de 1960, su recuerdo no había perecido dentro del País Vasco. Las calles del pueblo vizcaíno de Lekeitio amanecieron al día siguiente llenas de ikurriñas de papel con una esquila que recordaban al lehendakari ausente. El joven Mario Onaindía, que entonces contaba doce años y sólo había oído hablar de Aguirre en su familia, lo sintió «tanto como cuando me enteré de la muerte del papa» ⁴. El Partido Nacionalista Vasco (PNV) se hallaba en aquellos

³ Para el caso de la dictadura de Primo de Rivera, cfr. QUIROGA, A.: *Making Spaniards. Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-1930*, Londres, Palgrave Macmillan, 2007.

⁴ ONAINDÍA, M.: *El precio de la libertad. Memorias (1948-1977)*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001, pp. 103-104.

momentos en una situación poco halagüeña desde el punto de vista político. Estancado política y doctrinalmente, con sus cuarteles generales en el exilio, contaba con un respaldo militante más bajo que nunca. Sus finanzas dependían en buena parte de las aportaciones de unos pocos centenares de afiliados residentes en Francia y América, y apenas fue capaz de recuperar la iniciativa política, bajo la batuta de la dirección del exilio, a lo largo de la década de 1960. La organización *jelkide* en el interior peninsular era escasa y desigual, adolecía de descoordinación y era incapaz de frenar el mayor atractivo que otras opciones nacionalistas ofrecían a los más jóvenes⁵. A pesar de los ciertos avances registrados en la reorganización del PNV hacia 1970-1971, según reconocía Xabier Arzalluz, por entonces «el partido estaba muy roto [...]. Había grupos en cada territorio, por supuesto, pero dispersos, sin estructurar». Sin embargo, la tenue continuidad de un partido «fuertemente amarrado... con alfileres» fue suficiente para permitir al PNV reaparecer victorioso, aunque no hegemónico, tras la muerte de Franco, con su tradicional estrategia política de maximalismo ideológico y pragmatismo táctico⁶. ¿Qué había ocurrido?

No todo era la organización del partido. Pese a las transformaciones estructurales sufridas por la sociedad vasca durante el franquismo, motivadas por la creciente industrialización, la acelerada secularización de las costumbres y el impacto de la inmigración llegada desde otros puntos de España, el nacionalismo vasco mantuvo fuertes apoyos sociales. Por un lado, estaba amparado por el paraguas protector de importantes sectores eclesiásticos: ya en 1960, por ejemplo, 339 sacerdotes vascos firmaron una carta contra el franquismo, denunciando la opresión de la cultura vasca. Y, por otro lado, por un sólido tejido social informal, donde la memoria familiar y la memoria nacional se habían fundido, y en el que las *cuadrillas* y los grupos deportivos o de montañeros velaban por que el legado nacionalista no desapareciese⁷. Una amplia red de asociaciones culturales, tanto religiosas como laicas, contribuyó a recrear los contenidos de la cultura

⁵ Cfr. DE PABLO, S.; MEES, L., y RODRÍGUEZ RANZ, J. A.: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 237-324.

⁶ ARZALLUZ, X.: *Así fue*, J. ORTIZ (ed.), Madrid, Foca, 2005, pp. 73-75.

⁷ Cfr. el clásico GURRUTXAGA, A.: *El código nacionalista vasco durante el franquismo*, Barcelona, Anthropos, 1985; así como PÉREZ-AGOTE, A.: *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Madrid, CIS, 1984.

vasca, a conferirle nuevas interpretaciones y a preservar, transformándolo, el universo simbólico de la comunidad nacionalista⁸. Desde 1970, ese mundo simbólico y la conciencia de «clandestinidad colectiva» del nacionalismo vasco, identificada por extensión con *lo vasco*, ganó progresivamente espacios de presencia pública. A ello se añadió el impulso social a la cultura en euskara, patente en el aumento de libros publicados en esa lengua (de 25 en 1960 a 154 en 1975); la elaboración de una lengua estándar (el *euskara batua*) en 1968; así como la puesta en marcha del tejido de escuelas privadas infantiles en euskara o *ikastolas*, promovidas en centros urbanos y semiurbanos por sectores sociales (pequeño empresariado, profesionales, clases medias) identificados con el nacionalismo. Entre 1960 y 1975 se crearon 160 *ikastolas*, particularmente durante el periodo 1969-1972, en el que se obtuvo una cierta cobertura legal que permitió superar la etapa de clandestinidad. En 1974-1975, casi 27.000 niños vascos acudían a este tipo de escuelas⁹. El mayor énfasis en la lengua como marcador étnico, y como rasgo distintivo de la nacionalidad, se convirtió en un factor distintivo del nacionalismo vasco durante esta etapa.

En Cataluña se asistió durante el tardofranquismo a una cierta recomposición del mapa ideológico y organizativo del nacionalismo¹⁰. En primer lugar, el catalanismo conservador y católico de preguerra se reconvirtió en una nueva doctrina claramente influida por el pensamiento liberal y el personalismo cristiano. Se trataba de una idea esencialista, aunque no radical, de Cataluña, de tipo espiritual y moral, en el que la mentalidad tradicional y la lengua propia tendrían un papel primordial como elementos definitorios de la nación, pero que admitía grandes dosis de sincretismo. Al mismo tiempo, el nuevo catalanismo de raíz católica admitía tanto un fuerte contenido social, lindante con la socialdemocracia, como un gran posibilismo estratégico respecto a la relación a mantener con España. Lo fundamental era

⁸ LAMIKIZ JAUREGIONDO, A.: *Sociability, culture and identity: associations for the promotion of an alternative culture under the Franco regime (Gipuzkoa, 1960s-1970s)*, Tesis doctoral, Instituto Universitario Europeo, 2005.

⁹ Cfr. TEJERINA MONTAÑA, B.: *Nacionalismo y lengua. Los procesos de cambio lingüístico en el País Vasco*, Madrid, CIS, 1992, pp. 129-137, y GURRUTXAGA, A.: *El código...*, *op. cit.*, pp. 255-279.

¹⁰ Cfr. la interpretación de JOHNSTON, H.: *Tales of Nationalism. Catalonia, 1939-1979*, New Brunswick (NJ), Rutgers UP, 1991; así como GUIBERNAU, M.: *Nacionalisme català: Franquisme, transició i democràcia*, Barcelona, Pòrtic, 2002, pp. 95-119.

construir Cataluña, asegurando la pervivencia de la lengua, la cultura y la conciencia nacional entre la población desde la sociedad civil. El principal ideólogo de esta corriente fue el joven empresario periodístico Jordi Pujol, fuertemente influido por el personalismo cristiano y teorizador de un catalanismo interclasista, cuyas ideas se plasmaron en la fundación de *Convergència Democràtica de Catalunya* en noviembre de 1974¹¹. El manto protector de importantes sectores de la Iglesia católica favoreció la movilización de grupos católicos e izquierdistas de orientación catalanista con implantación en amplios sectores de la sociedad civil del país. Así se expresó, por ejemplo, en la cobertura dispensada a las actividades catalanistas por la Abadía de Montserrat, así como en la trayectoria de un sector minoritario del grupo *Crist-Catalunya*, del que formó parte el propio Pujol¹². Incluso, muchos catalanistas católico-conservadores que colaboraban en diversas instancias con el régimen franquista mantuvieron viva la aspiración a un espacio de poder autónomo y a una plena normalización de la cultura catalana¹³.

La memoria familiar y las redes sociales informales fueron decisivas a la hora de preservar la identidad nacional. La fuerza del catalanismo cultural en la sociedad civil se expresó en la porosidad de sus postulados, transmitidos a decenas de grupos excursionistas católicos y laicos, de *colles* sardanistas y de asociaciones de vecinos, así como mediante la aparición en 1961 de la *Nova Cançó*, la creciente popularidad —y connotación simbólica— del Club de Fútbol Barcelona y las primeras muestras de disconformidad pública no violenta. Fue el caso de los incidentes del Palau de la Música el 19 de mayo de 1960, cuando una parte del público cantó a pleno pulmón el *Cant de la Senyera* en presencia de varios ministros franquistas, y que acabaron con

¹¹ Cfr. las colectáneas de escritos de PUJOL, J.: *Cataluña y España*, R. Pi (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1996; así como *id.*: *Idees i records. Principals eixos del pensament polític del president Pujol*, Barcelona, Galàxia Gutenberg, s. f. [2006]. Sobre el pensamiento político de Pujol, cfr. las referencias de COLOMER, J. M.^a: *Espanyolisme i catalanisme. La idea de nació en el pensament polític català, 1939-1979*, Barcelona, L'Avenç, 1984, pp. 28-40; así como de VIDAL-FOLCH, X.: «Los catalanes y el poder, hoy», en *id.* (ed.): *Los Catalanes y el Poder*, Madrid, El País-Aguilar, 1994, pp. 13-85.

¹² Cfr. MUÑOZ, X.: *De dreta a esquerra. Memòries polítiques*, Barcelona, Edicions 62, 1990.

¹³ Sobre los posicionamientos del catalanismo *colaboracionista*, véanse algunos apuntes en MARÍN, M.: *Catalanisme, clientelisme i franquisme: Josep Maria de Porcioles*, Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Històrics, 2000.

la detención y procesamiento de veinte personas, entre ellas Jordi Pujol. A estas manifestaciones se uniría desde comienzos de la década de 1960 el movimiento estudiantil catalanista de izquierda, empezando por la *Associació Democràtica Popular de Catalunya* (1959), el *Front Obrer de Catalunya* (FOC) en 1961 y, en particular, la fundación en marzo de 1966 del *Sindicat Democràtic d'Estudiants* de la Universidad de Barcelona por una asamblea de 500 delegados estudiantiles, profesores e intelectuales en el colegio de los Capuchinos de Sarrià, reunidos en abierto desafío al régimen¹⁴.

La lucha por la conquista de espacios públicos para el idioma catalán actuaba, igualmente, de revulsivo para la movilización, y creaba áreas de amplio consenso social. La asociación *Òmnium Cultural*, fundada en 1961 con el objetivo de promover la cultura catalana, jugó un papel catalizador de las iniciativas a favor del idioma propio y la cultura en catalán. A pesar de la persecución persistente de que fue objeto por las autoridades franquistas —que prohibieron sus actividades entre 1963 y 1967—, *Òmnium Cultural* contaba en 1968 con 639 socios, que pasaron a 11.000 en 1971. Las campañas *català a l'escola*, promovidas desde principios de la década de 1960, eran capaces de concitar un notable apoyo de entidades y personalidades de la sociedad civil: hasta 2.500 asociaciones y entidades se adhirieron a la campaña de 1969, en pleno debate en las Cortes franquistas de la nueva Ley General de Educación, con el fin de conseguir la oficialización de su enseñanza. Las oportunidades, limitadas pero existentes, abiertas por esta última después de su promulgación en 1970 permitieron una tímida introducción del idioma catalán en la enseñanza, particularmente en centros privados urbanos. Y la edición en catalán, superada la década de 1950, se recuperó a un ritmo apreciable, tanto en cantidad como en variedad temática. De 122 títulos publicados en catalán en 1960 se pasó a 548 en 1967 y 590 en 1975, aun con fuertes altibajos¹⁵.

¹⁴ Cfr. CREXELL, J.: *Els fets del Palau i el consell de guerra a Jordi Pujol*, Barcelona, La Magrana, 2000 [1982]; e íd.: *La Caputxinada*, Barcelona, Edicions 62, 1987; COLOMER, J. M.^a: *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*, Barcelona, Curial, 1978; SOLDEVILA, LL.: *La Nova Cançó (1958-1987): balanç d'una acció cultural*, Argenton, L'Aixernador, 1993.

¹⁵ Cfr. CREXELL, J.: *Català a l'escola: Les campanyes populars sota el franquisme*, A. SCHREM (ed.), Barcelona, La Magrana, 1998. Igualmente, ARENAS I SAMPERA, J., y SABATER I SICHES, E.: *Del català a l'escola a l'escola catalana: La visió i la tasca de la DEC d'Òmnium Cultural*, Barcelona, La Magrana, 1982, y FAULÍ, J.: *Els primers 40 anys d'Òmnium Cultural*, Barcelona, Proa, 2005. Las cifras en VALLVERDÚ, F.: «Catalanis-

En Galicia, los activistas galleguistas habían centrado sus esfuerzos en las actividades culturales desde 1948. El Partido Galeguista desapareció, y su lugar fue ocupado por la Editorial Galaxia, fundada en 1950 con el aporte fundamental de cuadros supervivientes del nacionalismo de preguerra. El discurso del galleguismo durante la década de 1950 y buena parte de la de 1960 estuvo dominado por el llamado *piñeirismo*, inspirado por el filósofo Ramón Piñeiro. En síntesis, el piñeirismo implicaba el deseo de galleguizar todos los partidos políticos y una renuncia a principios teóricos centrales del nacionalismo, como la autodeterminación, a favor de un culturalismo esencialista influido por el personalismo cristiano y el federalismo europeísta, cuya aspiración era *galleguizar* culturalmente todas las fuerzas políticas democráticas actuantes en Galicia¹⁶. Ese alejamiento de los postulados propiamente nacionalistas por parte del piñeirismo provocó una ruptura con el galleguismo del exilio, y que una generación más joven buscara nuevas fuentes ideológicas.

También en las islas Baleares o en el País Valenciano la vía de actuación de los grupos nacionalistas fue preferentemente cultural: era tiempo de reflexión teórica, de lucha por la pervivencia de la literatura, del teatro y del ensayo en catalán, y de preparación para un posterior salto a la actividad política. En 1962 surgió en Palma de Mallorca la entidad cívica Obra Cultural Balear, entidad cívica comprometida con la cultura en catalán. En el País Valenciano, y hasta principios de la década de 1960, se registraron diversas actividades culturales en estrecha relación con Cataluña, y se desarrolló sobre todo la obra intelectual de Joan Fuster¹⁷.

me i reivindicació lingüística», en VVAA., *Catalanisme: Història, política, cultura*, Barcelona, L'Avenc, 1986, pp. 229-242.

¹⁶ Cfr. FERNÁNDEZ, C.: *O vento do espírito: De Risco a Ramón Piñeiro*, Vigo, Galaxia, 2000; y FRANCO GRANDE, X. L.: *Os anos escuros, I. A resistencia cultural da xeración da noite (1954-1960)*, Vigo, Xerais, 1985.

¹⁷ Cfr. MARIMÓN, A.: «El nacionalisme polític a Mallorca», *El Mirall*, 72 (1995), pp. 11-21; FERRÉ, X.: *No tot era Levante Feliz. Nacionalistes valencians (1950-1960)*, Benicarló, Alanbor, 2000.

Colonialismo interior y ecos tercermundistas

A la memoria de los diversos movimientos nacionalistas de anteguerra y a la comunicación con las organizaciones exiliadas, se añadía un fenómeno paralelo. Se trataba de la irrupción al sur de los Pirineos de las teorías del colonialismo interno, del marxismo-leninismo en versión renovada por los ejemplos chino y del Tercer Mundo, y de la influencia del ejemplo estratégico y teórico que ofrecieron desde mediados de la década de 1950 los movimientos de liberación nacional que combatieron el dominio de las antiguas metrópolis coloniales y consiguieron la independencia.

Según la teoría del colonialismo interno, dentro de Europa occidental también existían territorios reducidos a una situación neocolonial por mor de su situación periférica, su subdesarrollo socioeconómico relativo y la negación de su idioma y cultura. La fuente de inspiración fue sobre todo la reflexión teórica del nacionalista occitano Robert Lafont, en particular *La révolution régionaliste* (1967). El marxismo-leninismo arribó a través del ejemplo cubano, pero también del influjo maoísta, particularmente por su modelo de combinación de revolución social y emancipación nacional mediante un frente interclasista. El ejemplo de los movimientos anticoloniales se tradujo en un triple nivel. Primero, en un plano teórico, mediante la difusión de la teoría de la alienación del *colonizado*, de acuerdo con las teorías del médico martinicano comprometido con la revolución argelina Frantz Fanon, expresadas en su libro *Los condenados de la tierra* (1961). Este último propugnaba la unidad nacional frente al colonizador, denunciaba el carácter parasitario de la burguesía de las naciones colonizadas y justificaba la violencia como estrategia de *desalienación* individual y social de los pueblos oprimidos. A él se unían obras como las de Albert Memmi (*Retrato del colonizado*, 1966). Segundo, desde una óptica estratégica, las teorías de guerrilla urbana, la guerra revolucionaria y la espiral acción-represión-acción ejercieron una indudable fascinación en algunos sectores de izquierda radical de los nacionalismos periféricos europeos. Tercero, en el plano organizativo los movimientos anticoloniales, desde el FLN hasta la Unión del Pueblo Camerunés, el Movimiento 26 de Julio cubano o el Frelimo mozambiqueño, además del maoísmo, brindaron en bandeja el modelo del frente interclasista de liberación, en el que cabrían

todos los sectores sociales no *alienados* o colonizados, cuya prioridad absoluta habría de ser alcanzar la emancipación nacional. Dentro de esos frentes o alianzas amplias, los partidos o sectores comunistas patrióticos habrían de ejercer un papel director. La llamada Declaración de Brest (1974), suscrita por varios partidos nacionalistas de Europa occidental, resumía bien esos postulados¹⁸.

La combinación de los influjos exteriores, tanto teóricos como estratégicos y organizativos, a menudo de forma caótica¹⁹, y la revalorización de los antecedentes propios del nacionalismo izquierdista y radical presentes en cada movimiento en particular, permitió además superar, al menos de modo aparente, la contradicción entre clase y nación, entre derechos colectivos e individuales. El esquema centro-periferia se superponía al de clase. También existirían naciones proletarias y naciones burguesas, culturas alienadas e individuos sometidos a una doble opresión social y etnocultural, pues ambas se reforzarían mutuamente. Por lo tanto, sería perfectamente legítimo combinar los postulados de autodeterminación nacional con los de emancipación social, ya que la liberación nacional de las patrias colonizadas supondría un paso adelante en la destrucción del capitalismo a escala mundial. A una primera etapa frentista cuyo objetivo era la liberación nacional, sucedería la definitiva revolución socialista.

Esta combinación de influencias favoreció el surgimiento de una generación más joven de activistas nacionalistas que rompieron con sus predecesores. Nació así un rosario de nuevas organizaciones nacionalistas. En ellas confluyeron militantes dispersos de diversas procedencias, más o menos proselitizados por las organizaciones todavía existentes [fuesen el PNV y sus juventudes, los restos de ERC, UDC o del Front Nacional de Catalunya (FNC) constituido en 1940, o los grupos vinculados al galleguismo *piñeirista*]; jóvenes cuya aproximación al nacionalismo tuvo lugar en el ambiente familiar, en organiza-

¹⁸ Cfr. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *Movimientos nacionalistas...*, op. cit., pp. 268-70, para una visión general.

¹⁹ Un militante nacionalista gallego recordaba así los seminarios de formación de principios de la década de 1970: «*líanse pasaxes de Sempre en Galiza [...], os “dez pontos do liberalismo” de Mao Tse Tung (nada menos); o “Politzer” ou como se diga, causante de tantas desgrazas; ás veces o “Manifesto Comunista” e máis raramente o “Que facer?” de Lenin. Houbo unha tempada que tivo moito peridacmento Franz [sic] Fanon co “Retrato do Colonizado” [sic], se non están errados título e autor*». Cfr. SARILLE, X. M.: «Revolución, nós aínda te queremos», en VVAA.: *ERGA, un lume que prende*, Santiago de Compostela, CAF-CAE, 1997, pp. 86-99 (cita en p. 48).

ciones culturales, excursionistas o grupos cristianos de base; así como estudiantes procedentes de organizaciones como el Frente de Liberación Popular (FLP, 1959) y sus homólogos catalán (FOC) y vasco (Euskadiko Sozialisten Batasuna).

En Galicia, la Unión do Pobo Galego (UPG) fue fundada por primera vez en 1963 y refundada al año siguiente, convirtiéndose en la organización más activa dentro del campo nacionalista en la oposición antifranquista, con proyección en el campo sindical, político y cultural, además de un «Frente Armado» desarticulado por la policía en 1975, que sólo protagonizó acciones incruentas. En Cataluña, donde el impacto de esta corriente de pensamiento fue mucho menor desde el punto de vista político-ideológico, también surgieron algunos grupos. Por un lado, el Front d'Alliberament de Catalunya (FAC), constituido en 1969 como organización que predicaba la lucha armada, protagonizó decenas de pequeñas acciones incruentas. Por otro lado, el mismo año 1969 nacía de una escisión del FNC el Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN), que también optó por un ideario marxista-leninista y decididamente pancatalanista, lo que constituyó una cierta novedad en el panorama ideológico catalán²⁰.

Fue en el País Vasco donde los ecos tercermundistas, conjugados con el recurso a una tradición propia de nacionalismo radical, echaron más sólidas raíces y adquirieron un mayor protagonismo. El 31 de julio de 1959 nacía la organización *Euskadi ta Askatasuna* (País Vasco y Libertad, ETA) a partir de la confluencia previa entre las juventudes del PNV (*Euzko Gaztedi*, EGI), disconformes con la supuesta pasividad de sus mayores frente al régimen, y del grupo político-cultural *Ekin*, que había sido fundado en 1952. En un principio, y como se podía apreciar en su manifiesto fundacional, ETA no se diferenció excesivamente del legado aranista y del PNV, salvo en el mayor énfase

²⁰ Véanse RUBIRALTA CASAS, F.: *Orígens i desenvolupament del PSAN, 1969-1974*, Barcelona, La Magrana, 1988; íd.: *El nuevo nacionalismo radical. Los casos catalán, vasco y gallego (1959-1973)*, San Sebastián, Tercera Prensa, 1997; e íd.: *Una història de l'independentisme polític català: de Francesc Macià a Josep Lluís Carod-Rovira*, Lleida, Pagès, 2004, pp. 133-59; RENYER ALIMBAU, J.: *Catalunya, qüestió d'Estat. Vint-i-cinc anys d'independentisme català (1968-1993)*, Tarragona, El Mèdol, 1995, pp. 38-50; VERA, J.: *La lluita armada als Països Catalans (Història del FAC)*, Sant Boi de Llobregat, Lluita, 1985. Sobre el caso gallego, cfr. BERAMENDI, J. G., y NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *O nacionalismo galego*, 2.ª ed., Vigo, A Nosa Terra, 1996, pp. 209-235; así como SALGADO, X. M., y CASADO, X. M.: *X. L. Méndez Ferrín*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, 1989.

sis otorgado a la defensa del euskara como esencia de la nacionalidad y en el abierto independentismo, que bebía a su vez de la tradición aberriana de anteguerra. Euskadi estaba en guerra con España, y la situación de dictadura confería ahora visos de verosimilitud a tal afirmación. Desde el 18 de julio de 1961, cuando ETA intentó hacer descarrilar un tren cargado de excombatientes franquistas que se dirigía a San Sebastián, la organización puso en marcha un activismo guerrillero de carácter simbólico, que fue adquiriendo un carácter cada vez más violento. Primero fueron pintadas, luego algunas bombas de daños limitados, y el primer atraco fue perpetrado en 1965.

Paralelamente a su proceso de radicalización ideológica, los teóricos de ETA buscaban un modelo adecuado de lucha insurreccional. Esa deriva se materializó en la evolución hacia el marxismo-leninismo de impronta maoísta, así como en la recepción del influjo de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. En 1962, en su I Asamblea, ETA se definía como un «Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional»; pero en su V Asamblea (1967) la organización pasaba a autodenominarse «Movimiento Socialista Vasco de Liberación Nacional», que luchaba por la liberación nacional del «Pueblo Vasco», parte oprimida de la comunidad nacional, integrado a su vez por «el proletariado vasco y diversos elementos oprimidos de otras clases sociales», y cuya base era la «etnia vasca», definida ante todo por la posesión de un idioma propio, el euskara²¹. La influyente obra *Vasconia. Estudio dialéctico de una nacionalidad* (1963) de Federico Krutwig supuso la incorporación por parte de ETA del modelo de *guerra revolucionaria* y guerrillera, postulados aprobados por la III Asamblea de la organización (1964), donde se adoptó el breviarario *La insurrección en Euskadi*, inspirado por planteamientos similares, en el que se aludía a los ejemplos de estrategia paramilitar argelino, vietnamita e israelí.

El proceso de radicalización de ETA tuvo culminación en la adopción decidida de la estrategia de la *espiral* acción-represión-acción. Su fin era provocar al régimen franquista para que lanzase una respuesta represiva de carácter indiscriminado contra el pueblo vasco, lo que se

²¹ Véanse las declaraciones ideológicas de la I Asamblea (1962) y V Asamblea (1965) de ETA en DE PABLO, S.; DE LA GRANJA, J. L., y MEES, L. (eds.): *Documentos para la historia del nacionalismo vasco. De los Fueros a nuestros días*, Barcelona, Ariel, 1998, pp. 141-148.

esperaba que acabaría por desencadenar la movilización de este último a favor de los activistas de ETA, identificados con la causa del conjunto de la patria y convertidos en sucesores de los *gudaris* de la Guerra Civil. Esta estrategia fue plenamente ratificada por las IV y V Asambleas de ETA (1965 y 1966-1967), donde se aprobó además el desdoblamiento organizativo en varios «frentes» (obrero, cultural, político y militar, el polo que acabará por predominar). Y se benefició de una notable capacidad de penetración social: la represión sobre ETA, cuyos activistas a menudo procedían de familias nacionalistas, generaba vínculos de solidaridad y colaboración más o menos ocasional con el conjunto de los sectores sociales que simpatizaban con el nacionalismo, o que por antifranquismo se mostraban receptivos hacia la incorporación de buena parte de las demandas de aquél²². A partir del 7 de junio de 1968, cuando en un control de carretera fue tiroteado el guardia civil José Pardines y el militante etarra Txabi Etxebarrieta fue abatido poco después por la policía, y el posterior asesinato por ETA del comisario de la Policía política y conocido represor Melitón Manzanas el 2 de agosto del mismo año, la organización dio el paso definitivo al terrorismo y comenzó a causar víctimas entre miembros de las fuerzas de orden público. El régimen contestó con un primer estado de excepción en Guipúzcoa y Vizcaya, y cientos de detenciones.

La conversión definitiva de ETA en una organización socialista y revolucionaria cuyo vehículo principal de actuación era la violencia no tuvo lugar sin divisiones y debates doctrinales internos. Los ejes de la divergencia ideológica eran dos. Por un lado, la dificultad objetiva de aplicar a un país industrializado el modelo de liberación anticolonial, lo que generaba frecuentes vacilaciones teóricas. Por otro lado, el enfrentamiento entre concepciones nacionalistas *puras*, cuyo objetivo fundamental no era otro que la independencia de Euskadi —como el grupo *Branka*, representante del purismo nacionalista, que optó por abandonar ETA—, y las tendencialmente o preponderantemente revolucionarias. Estas últimas consideraban que la emancipación del llamado *pueblo trabajador vasco* debía tener lugar de modo más o menos solidario con el resto de la clase obrera española. Las disputas por este motivo dieron lugar a escisiones como la de ETA-Berri, de la

²² PÉREZ-AGOTE, A., et al.: *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, Madrid, Siglo XXI-CIS, 1987, pp. 3-11.

que surgió el Movimiento Comunista; o la de ETA-VI Asamblea (1970), que acabó fusionándose con la Liga Comunista Revolucionaria, y cuyos militantes también pasaron a las maoístas ORT y PTE, o incluso al PC de Euskadi²³.

Los ecos tercermundistas también influyeron en varios grupos de la izquierda canaria. Fascinados por el ejemplo de los movimientos de liberación anticolonial y el Movimiento 26 de Julio cubano, aquéllos pasaron a interpretar la situación periférica y de atraso económico del archipiélago en términos coloniales y *africanistas*, definieron a Canarias como una nación en situación colonial respecto al Estado español y se erigieron en fundadores de un nuevo movimiento nacionalista, cuyos precedentes antes de 1936 habían sido débiles y aislados. Su primera articulación fue el grupo Canarias Libre (1959-1962), que llevó a cabo algunas acciones simbólicas y auténtico inventor de símbolos como la bandera canaria. Tras su desarticulación por la policía, surgió el Movimiento Autonomista Canario (MAC) en 1963, embrión del Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC), fundado por el abogado comunista Antonio Cubillo en 1964, tras la negativa del PCE a reconocer el «problema nacional canario» en su estrategia y doctrina. Cubillo, establecido desde entonces en Argel, aspiraba a la creación de una República canaria independiente y socialista, vinculada al proyecto panafricano, sobre la base de la existencia de un «pueblo guanche» colonizado que estaría en el fundamento de la personalidad nacional canaria. Su actividad se centró en la internacionalización del «problema canario» y la búsqueda del patronazgo de la Organización por la Unidad Africana, con algún éxito parcial hasta 1975²⁴.

²³ Sobre ETA hasta 1975, véanse, entre otros, CLARK, R.: *The Basque Insurgents: ETA, 1952-1980*, Madison-Londres, Winconsin UP, 1980; JAUREGUI, G.: *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, Akal, 1981; SULLIVAN, J.: *El nacionalismo vasco radical, 1959-1987*, Madrid, Alianza, 1988; IBARRA, P.: *La evolución estratégica de ETA: de la guerra revolucionaria (1963) a la negociación (1987)*, San Sebastián, Kriselu, 1987, y ELORZA, A. (ed.): *La Historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

²⁴ Cfr. una descripción en GARÍ HAYEK, D.: *Historia del nacionalismo canario*, Santa Cruz de Tenerife, Benchomo, 1993, pp. 91-139; así como en HERNÁNDEZ BRAVO DE LAGUNA, J.: *Historia Popular de Canarias. Franquismo y Transición política*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1992, pp. 72-76.

Socialismo y nacionalismos

La apropiación del discurso nacionalista español por parte del franquismo tuvo como consecuencia la deslegitimación del españolismo de izquierda, que se hizo patente cuando la oposición democrática quiso presentar un proyecto de qué era la nación española al acabar el franquismo. La tradición del nacionalismo liberal español sufrió una suerte de interrupción doctrinal, y pasó a ser un legado semioculto en el discurso político de las fuerzas de la oposición antifranquista.

Más allá de la política de *reconciliación nacional* formulada por el PCE en 1956, que también llevaba implícito una suerte de nuevo patriotismo, y su denuncia de la entrega de la independencia de España por Franco al imperialismo norteamericano, la oposición democrática de izquierda al franquismo sufría de una ausencia o indefinición de *proyecto nacional* explícito. Eso la llevó a asumir las reivindicaciones lingüístico-culturales, y parte de las políticas (entre ellas el derecho de autodeterminación), de los nacionalismos periféricos, si bien expresaban su preferencia por un Estado federal. En parte como resultado de ello, tuvo lugar una conversión más o menos forzada del conjunto de la oposición de izquierda hacia posiciones federalistas poco definidas.

El PCE siguió la estrategia de apoyo teórico a las reivindicaciones nacionalistas, dentro de un equilibrio entre patriotismo regional y compromiso por la liberación de toda España. En su seno, federado a él, el PSUC ya constituido en 1936 mantenía una notable presencia en los medios intelectuales y obreros catalanes e inmigrados —los *otros catalanes*, en definición de Francesc Candel (1964)— y atraía a importantes núcleos catalanistas procedentes de la clase media²⁵. Lo mismo, con menor capacidad de penetración social, cabía decir del Partido Comunista de Euskadi también fundado en 1935. Incluso, la dirección del PCE acabó por permitir la constitución en 1968 de un Partido Comunista de Galicia con existencia autónoma. Y en otros territorios se adoptó el bilingüismo y se levantaron banderas de reivindicación nacionalitaria y/o autonomista²⁶. Se trataba en parte de

²⁵ Cfr. CEBRIÁN, C.: *Estimat PSUC*, Barcelona, Empúries, 1997.

²⁶ Cfr., por ejemplo, SANTIDRIÁN ARIAS, V.: *Historia do PCE en Galicia (1920-1968)*, Sada, Eds. do Castro, 2002, pp. 585-605, y GINARD, D.: *L'esquerra mallorquina i el franquisme*, Palma de Mallorca, Documenta Balear, 1994, pp. 276-306.

opciones estratégicas, para así competir mejor con algunos partidos de izquierda periféricos; pero también de planteamientos teóricos acerca de la cuestión nacional que ya estaban presentes dentro del comunismo español durante la década de 1930: la liberación de las patrias periféricas iría de la mano de la recuperación de la soberanía nacional de España, mediante la configuración en primer lugar de un Estado democrático. El congreso del PCE de 1975 adoptó, entre sus resoluciones, la demanda del reconocimiento del derecho de autodeterminación para Cataluña, el País Vasco y Galicia. Pero también expresaba su preferencia por una República federal como fórmula definitiva de convivencia de los pueblos de España²⁷.

Este planteamiento, al menos en teoría, no se distinguía mucho del que sostenían las diversas organizaciones de extrema izquierda y de adscripción maoísta y/o marxista-leninista que proliferaron desde finales de la década de 1960: la autodeterminación de las «nacionalidades ibéricas» sería paralela al proceso de destrucción del Estado burgués y de instauración de una democracia popular; pero el objetivo fundamental eran los intereses de la clase obrera, objetivo al que organizaciones como el Movimiento Comunista supeditaban las fórmulas concretas que acabarían con la «opresión nacional» de las nacionalidades²⁸. En varias regiones, los grupos de extrema izquierda marxista-leninista y maoísta adoptaron postulados autonomistas, más o menos federalistas y reivindicativos de la cultura y lengua propia. Así ocurrió incluso en aquellas donde la conciencia étnica diferencial era más bien débil, como Asturias o Aragón, en este último caso alrededor de la revista *Andalán*, fundada en 1972²⁹.

²⁷ Cfr. DE BLAS GUERRERO, A.: «El problema nacional-regional español en los programas del PSOE y del PCE», *Revista de Estudios Políticos*, 3 (1978), pp. 155-170.

²⁸ Cfr. LAIZ, C.: *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Libros de la Catarata, 1995, pp. 137-138 y ss.

²⁹ En Asturias hubo que esperar prácticamente a 1975 para que las reivindicaciones autonomistas y culturalistas (reivindicativas del *bable*) apareciesen con cierta entidad entre la izquierda asturiana. Cfr. BRUGOS SALAS, V.: «La izquierda revolucionaria en Asturias. Los diferentes intentos de construcción de un proyecto alternativo al PCE», en ERICE, F. (coord.): *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*, Gijón, Trea, 1996, pp. 459-502, y SAN MARTÍN ANTUÑA, P.: *La nación (im)posible. Reflexiones sobre la ideología nacionalista asturiana*, Oviedo, Trabe, 2006. Sobre *Andalán*, cfr. FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: «*Andalán* (1972-1976): La recuperación del aragonésismo», en PEIRÓ, A. (coord.): *Historia del aragonésismo*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 1999, pp. 121-129. Las escisiones del PCE por la izquierda abrazaron también en

El PSOE, ya bajo la batuta del tándem vasco-sevillano de Felipe González y Enrique Múgica, afirmó en el congreso de Suresnes, en octubre de 1974, su defensa del derecho de autodeterminación para las «nacionalidades ibéricas» dentro de un contexto «de lucha de clases»; pero igualmente reconocía su clara apuesta por una República federal como auténtica vía para el «pleno reconocimiento de las peculiaridades de cada nacionalidad y su autogobierno»³⁰. La apertura teórica del PSOE hacia algunas reivindicaciones nacionalistas periféricas le permitió absorber entre 1976 y 1977-1978 a los diferentes partidos regionales y más o menos nacionalistas de orientación socialista que habían surgido durante la década de 1960. Estos últimos tenían raíces profundas en las corrientes de nacionalismo progresista y en algunos casos marxista de preguerra, pero habían sufrido una profunda renovación generacional e ideológica, marcada por la experiencia de la clandestinidad, la lucha estudiantil o la oposición intelectual. Su número alcanzaba en 1976 casi la veintena.

En varios casos, la refundación teórica precedió o fue paralela a la actividad política. Un buen ejemplo fue el valencianismo progresista, reformulado por la influyente obra de Joan Fuster *Nosaltres els valencians* (1962), aunque también heredero de algunas de sus vacilaciones (el dilema entre pancatalanismo o vía valenciana hacia la autodeterminación). Deudor de las teorías de Fuster fue, en parte, el Partit Socialista Valencià, existente entre 1962 y 1968. Tras su desaparición, muchos de sus militantes acabaron en el PCE, pero otros núcleos fundaron en 1974 el Partit Socialista del País Valencià (PSPV). Otro ejemplo fue el galleguismo socialista democrático, con raíces en el sector progresista del Partido Galeguista de preguerra, y que halló expresión en 1963 con la fundación del Partido Socialista Galego (PSG). Federalista y socialdemócrata en un principio, el PSG radicalizó sus posiciones a fines de la década, se definió como socialista revolucionario y se orientó claramente hacia una interpretación de la postración socioeconómica de Galicia como una situación *colonial* generada por la sujeción al Estado español, según el modelo plasmado en la obra *O atraso económico de Galicia* (1972) del catedrático de Economía Xosé Manoel Beiras. Los primeros brotes del nuevo anda-

Canarias el nacionalismo insular desde principios de la década de 1970: véase GARÍ HAYEK, D.: *Historia...*, op. cit., pp. 192-195.

³⁰ JULIÁ, S.: *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 426-427.

lucismo también se encuadraron dentro de la izquierda socialista, que hizo bandera de la situación de *dependencia* y subdesarrollo de la región, desde la fundación en 1962 de Compromiso por Andalucía. Y, en fin, en Aragón surgió en 1974 Acción Socialista Aragonesa, exponente de un aragonesismo de izquierda de orientación federalista y germen de otros grupos posteriores³¹.

Los grupos de izquierda catalanista, continuando con ello la tradicional fragmentación político-partidaria del catalanismo progresista de anteguerra, comprendían un amplio abanico de siglas. En general, todas ellas, incluyendo al PSUC, compartían una serie de postulados básicos, resumibles en un ideario federalista, combinado con un discurso político radical que incluía la autodeterminación, y una propuesta política inmediata que pasaba por la aceptación de una autonomía política semejante a la alcanzada en 1932. Existía además un común denominador identitario de la izquierda catalana, expresado en primer lugar en la fidelidad a la lengua propia; el deseo de constituir fuerzas políticas propias, es decir, catalanizar a toda la izquierda; y la voluntad de integrar a las nuevas generaciones de inmigrantes castellanohablantes, haciendo sinónimos catalanismo y democracia³². Además de la pervivencia más o menos nominal de la tradicional ERC, del FNC y del POUM, y del surgimiento de otros grupos, las opciones socialistas básicas en Cataluña surgieron de la división en dos grandes alas del Moviment Socialista de Catalunya (MSC), constituido en 1945 en Toulouse por elementos procedentes de diversos partidos de izquierda catalanista distanciados del comunismo. Una de las variantes, más identificada con los postulados socialdemócratas, tuvo como principal exponente al antiguo poumista exiliado Josep Pallach, quien promovió la fundación del Secretariat de la Democràcia Social Catalana (1966) y más tarde el Reagrupament

³¹ Véanse FABREGAT, A.: *Partits Polítics al País Valencià*, 2 vols., Valencia, Eliseu Climent, 1976; BERAMENDI, J. G., y NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *O nacionalismo galego...*, op. cit., pp. 230-238, así como el testimonio de FERNÁN VELLO, M. A., y PILLADO MAYOR, F.: *A nación incesante: Conversas con Xosé Manuel Beiras*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, 1992; LIEBERT, U.: *Neue Autonomiebewegungen und Dezentralisierung Spanniens. Der Fall Andalusien*, Frankfurt a. M., Peter Lang, 1986; SERRANO LACARRA, C., y RAMOS ANTÓN, R.: *El Aragonésismo en la Transición. I. Alternativas aragonesistas y propuestas territoriales (1972-1978)*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses-Fundación Gaspar Torrente, 2002, pp. 128-131.

³² Cfr. MOLAS, I.: «Catalanisme i política d'esquerra durant el franquisme», en VVAA: *Catalanisme*, op. cit., pp. 273-283.

Socialista i Democràtic de Catalunya, constituido en noviembre de 1974. La otra opción, más radical en su formulación de socialismo democrático, confluyó en la *Convergència Socialista de Catalunya*, liderada por el profesor universitario Joan Reventós, y también surgió en 1974 de la fusión de varios grupos anteriores³³.

Tras la constitución en 1974 de la plataforma unitaria Conferencia Socialista Ibérica, de la que acabó por autoexcluirse el PSOE, los diversos partidos socialistas territoriales, cuyo número se incrementó tras la muerte del dictador, se integraron en junio de 1976 en la Federación de Partidos Socialistas (FPS), que proclamaba un socialismo autogestionario cuyos fines incluían el reconocimiento y potenciación del carácter plurinacional del Estado en una República federal o confederal. Sin embargo, la FPS no llegó a articularse como una *tercera vía* socialista, y buena parte de sus cuadros acabaron integrándose en las federaciones territoriales del PSOE. Otros —caso del PSG— siguieron en el campo nacionalista³⁴.

Los nacionalismos en la crisis final del régimen

La presión ejercida por la oposición democrática aumentó en intensidad durante la primera mitad de la década de 1970. Dentro del abanico de reivindicaciones, la demanda de apertura política en forma del reconocimiento de los derechos individuales y la democracia política compartió su protagonismo en toda España con la petición de amnistía. Y, en varios territorios, se añadió a esa demanda un tercer pilar: la recuperación del autogobierno perdido en 1936-1939, la consecución de un nuevo estatus territorial o, incluso, la autodeterminación. Así nació uno de los lemas que definían el mínimo común denominador de la gran mayoría de la oposición democrática: «liber-

³³ Sobre el catalanismo socialista del tardofranquismo, véanse algunas referencias en RUBIOL, G.: *Josep Pallach i el Reagrupament*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

³⁴ Cfr. una aproximación en BARÓN, E.: «Partidos socialistas de carácter nacional y regional en los años setenta», en JULIÀ, S. (ed.): *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1988, pp. 201-209, así como *id.*: *Federación de Partidos Socialistas*, Madrid, Avance-Mañana, 1976. Una nómina completa de partidos socialistas territoriales, varios de ellos efímeros, en el dossier «Los socialistas», *Triunfo*, 701 (3-10 de julio de 1976).

tad, amnistía, estatuto de autonomía». Con ello se certificaba también la alta legitimación que la reivindicación territorial había adquirido durante el tardofranquismo, equiparada a lucha por las libertades individuales, la democracia política y la justicia social. Y el papel fundamental que los nacionalismos subestatales habían cobrado en las luchas y movilizaciones finales contra la dictadura, de modo paralelo a los movimientos sociales y sindicales y a la agitación estudiantil³⁵.

El propio régimen franquista percibía en sus años finales que la cuestión territorial emergía de forma destacada como uno de los factores que minaban su legitimidad, tanto en el País Vasco como en Cataluña, y mostraba especial preocupación por las conexiones existentes entre miembros del clero, sectores católicos y «propaganda separatista» desde al menos 1962. Las amenazas a la unidad de España, ya desde 1969, y en particular a partir de las movilizaciones que tuvieron lugar en solidaridad con los encausados en el proceso de Burgos, fueron motivo de desconcierto entre los integrantes del Consejo Nacional del Movimiento, reunidos en febrero de 1971. Aunque seguían atribuyendo en buena parte las movilizaciones antifranquistas a los enemigos tradicionales de España y las conspiraciones masónico-comunistas, varios consejeros advertían de que la «sola enérgica autoridad» no bastaba para restaurar el patriotismo español en las regiones *desleales*. Pero la «mentalidad del separatista», en el fondo, constituía una suerte de misterio poco menos que insondable. Para el vicepresidente del gobierno Luis Carrero Blanco, tanto en sus informes de 1969 como en 1970-1971, había una mano oculta, al servicio de la subversión comunista, que utilizaba el separatismo como medio para debilitar a España. Aunque algunas voces dentro del Consejo Nacional del Movimiento, tanto en 1962 como en 1971-1973, proponían iniciar una tímida descentralización administrativa, mediante un reconocimiento jurídico de la región o la potenciación de las instituciones municipales y locales, tales concesiones no llegaron a materializarse³⁶.

³⁵ Cfr. FUSI, J. P.: «La reaparición de la conflictividad en la España de los sesenta», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 160-169.

³⁶ Cfr. YSÀS, P.: *Disidencia y subversión: La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 134-141, 147-149 y 162-163; así como el exhaustivo estudio de SANTACANA I TORRES, C.: *El franquisme i els catalans: Els informes del Consejo Nacional del Movimiento, 1962-1971*, Catarroja, Afers, 2000, pp. 31-95.

La simbiosis más lograda entre la causa nacionalista y las reivindicaciones del conjunto de la oposición antifranquista fue alcanzada en Cataluña. Tras el encierro de trescientos intelectuales catalanes en el monasterio de Montserrat entre el 12 y el 14 de diciembre de 1970, en protesta por el proceso de Burgos, se constituyó una Asamblea Permanente de Intelectuales. Como fruto de esa movilización, pero recogiendo también el testigo de la Coordinadora de Forces Polítiques de Catalunya creada dos años antes, el 7 de noviembre de 1971 trescientas personas fundaron una plataforma pluralista que englobaba a la mayoría de los partidos de oposición catalanes, además de entidades cívicas, culturales y ciudadanos a título individual: la Asamblea de Catalunya. Su programa mínimo constaba de cuatro puntos: retorno de la democracia y libertades fundamentales; amnistía para presos y exiliados políticos; restablecimiento como mínimo del Estatuto de Autonomía catalán de 1932, como vía para llegar al pleno ejercicio del derecho de autodeterminación; y coordinación de la acción de todos los pueblos peninsulares en la lucha democrática. A la Asamblea se adhirieron no sólo partidos y sindicatos, sino también colegios profesionales, asociaciones de vecinos, comunidades cristianas de base, intelectuales y trabajadores, y consiguió extender su presencia a más de cuarenta localidades. Su acción movilizadora se extendió a diversos ámbitos, desde el cultural al político, particularmente en 1972 y 1973³⁷.

Las demandas autonómicas también fueron planteadas por las plataformas en que se agrupó la oposición antifranquista en el último año de vida del régimen. Así, entre los doce puntos del programa de la Junta Democrática de España, promovida por el PCE desde julio de 1974 e integrada además por Comisiones Obreras, el Partido del Trabajo de España, el Partido Carlista, el Partido Socialista Popular y personalidades diversas, figuraba un ambiguo «reconocimiento, bajo la unidad del Estado español, de la personalidad política de los pueblos catalán, vasco, gallego y de las comunidades regionales que lo decidan democráticamente». Por el contrario, la Plataforma de Convergencia Democrática, promovida por el PSOE en junio de 1975,

³⁷ BATISTA, A., y PLAYÀ I MASET, J.: *La gran conspiració: Crònica de l'Assemblea de Catalunya*, Barcelona, Empúries, 1991; así como BERNAD, R.: *L'Assemblea de Catalunya (1971-1982): Catalanisme popular i antifranquisme*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2002.

contaba con el concurso de varios partidos nacionalistas (el PNV, Reagrupament y algunos más), e iba más allá al recoger expresamente en su punto 5.º «la existencia de nacionalidades y regiones con personalidad étnica, histórica o cultural propia en el seno del Estado Español», así como al propugnar explícitamente «el derecho de autodeterminación de las mismas y la formación de órganos de autogobierno en las nacionalidades del Estado desde el momento de la ruptura democrática y propugna una estructura federal en la Constitución del Estado Español». Las plataformas que tradujeron estos postulados a nivel regional intentaron definir a sus propios territorios como «nacionalidades». Tal fue el caso en Valencia, Aragón, Asturias y las Baleares. Aunque su impacto público fue menor que el de la Asamblea de Catalunya, situaron la reivindicación territorial en el centro de la agenda política de la oposición democrática en cada una de las regiones. Lo que constituyó una precondition para las movilizaciones autonómicas del periodo de la Transición³⁸.

El auténtico *problema* territorial para el régimen, con todo, fue el País Vasco. El periodo que se inició en diciembre de 1970 (proceso de Burgos) y concluyó con la muerte de Franco en noviembre de 1975 estuvo marcado de modo preponderante por la virulencia de la actividad terrorista de ETA y la fuerte represión desencadenada sobre ella por el régimen franquista. Hasta la muerte del dictador, ETA asesinó a un total de 43 personas, que en su mayoría todavía eran agentes de Policía y Guardia Civil. A partir de la campaña internacional en solidaridad con los dieciséis miembros de la organización juzgados en Burgos, y aún más tras el asesinato en Madrid del jefe del gobierno, el almirante Carrero Blanco, el 20 de diciembre de 1973, los estados de excepción decretados por el régimen (diez de los once estados de excepción declarados entre 1956 y 1975 lo fueron en las provincias de Vizcaya y/o Guipúzcoa), las detenciones masivas y los enfrentamientos con la jerarquía episcopal vasca —que culminaron con el intento de expulsión en febrero de 1974 del obispo de Bilbao, Monseñor Añoveros— consolidaron entre amplios sectores de la sociedad vasca la imagen de la organización armada como una auténtica encarnación

³⁸ Para el caso de Valencia, por ejemplo, y el papel del Consell Democràtic del País Valencià, véanse algunas referencias en SANTACREU SOLER, J. M., y GARCÍA ANDREU, M.: *La transició democràtica al País Valencià*, Simat de la Vall d'igna, La Xara, 2002, pp. 15-16.

de la lucha colectiva del pueblo vasco, sin matices, contra la dictadura, así como a minar seriamente la legitimidad de la identidad española en el País Vasco. Desde los jóvenes seminaristas hasta los promotores del movimiento cooperativista de Mondragón, a principios de la década de 1970 la identificación entre ETA y la causa del *pueblo vasco* había ganado un considerable prestigio social³⁹.

Tras la escisión de 1970 entre ETA-VI Asamblea y ETA-V Asamblea, esta última, de cariz decididamente nacionalista, fue la que se adueñó de las siglas y adoptó una estrategia más militarista. La escalada terrorista, patente en el atentado perpetrado en septiembre de 1974 contra la cafetería *Rolando* de Madrid, que se cobró víctimas civiles, llevó un mes después a una nueva división de ETA en dos ramas, militar y político-militar. Esta última era partidaria de simultanear la acción política con los atentados, atracos y secuestros. Pero la ETA de los *milis* se convirtió en una organización cada vez más nucleada alrededor del tótem de la violencia como único medio de conseguir la liberación de un país *ocupado* por España, en un combate encuadrado en una vaga revolución antiimperialista. Y pasó a contemplar en la lucha armada un fin en sí mismo, una suerte de elemento catártico que unificaba a los militantes y creaba una unanimidad simbólica que trascendía toda otra disputa⁴⁰. La violencia y las representaciones a ella asociadas se convertirían progresivamente en el eje central de la cultura política de la heterogénea comunidad nacionalista radical, que se articuló de modo definitivo durante la Transición: la autopercepción como un colectivo en guerra con España, dotado de su propio arsenal de símbolos, rituales conmemorativos y mitos movilizadores, que se iría completando con un tupido entramado social en amplias zonas de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra. La transferencia de sacralidad que se produjo en esas áreas entre una cosmovisión tradicionalista y religiosa y un nuevo universo de creencias dominadas por el nacionalismo radical es un tema aún poco analizado por la historiografía, pero al que se han dado diferentes explicaciones desde la sociología. Entre las interpretaciones destacarían la ausencia de un valor asimilador como el idioma, lo que abriría el paso a la violencia como valor central de identificación y movilización étnica; la reacción radical frente a una repre-

³⁹ Cfr. MOLINA APARICIO, F.: *José María Arizmendiarieta 1915-1976. Biografía*, Mondragón, Caja Laboral-Euskadiko Kutxa, 2005, pp. 491-494 y ss.

⁴⁰ JÁUREGUI, G., en ELORZA, A. (ed.): *La Historia de ETA*, op. cit., pp. 260-261.

sión feroz; la pervivencia transformada de la tradición insurreccional y *antiespañola* de una parte del nacionalismo vasco; o bien la respuesta a los cambios introducidos por la modernización industrial en amplias zonas rurales del País Vasco desde 1955⁴¹.

La violencia, tanto etarra como de otras organizaciones, también contribuyó a acentuar el carácter represivo del régimen a lo largo de 1974-1975, lo que dejó en agua de borrajas el relativo espíritu aperturista del que quiso hacer gala el gobierno de Carlos Arias Navarro. El 25 de abril de 1975, se decretaba un nuevo estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa. Y el 27 de agosto, un decreto-ley extraordinario endurecía las medidas antiterroristas e instauraba en la práctica un estado de excepción permanente. En noviembre de 1975, medio millar de miembros de ETA estaban en la cárcel, y 27 más habían muerto a manos de la policía, incluyendo a Juan Paredes *Txiki* y Ángel Otaegi, quienes, junto a tres miembros del grupo izquierdista FRAP, fueron pasados por las armas el 27 de septiembre de aquel año, en la última ejecución decretada por el régimen franquista⁴².

Café para todos antes del desayuno: regionalismos tardofranquistas

La eclosión neorregionalista de 1975-1980 también hundía en parte sus raíces en las entrañas ideológicas del régimen franquista⁴³. Durante el tardofranquismo tuvo lugar un fenómeno paradójico. De

⁴¹ Existen varias aproximaciones antropológicas y sociológicas, como HEIBERG, M.: *La formación de la nación vasca*, Madrid, Arias Montano, 1991 [1989]; ZULAIKA, J.: *Violencia vasca: Metáfora y sacramento*, Madrid, Nerea, 1990; ARANZADI, J.: *El escudo de Arquíloco. Sobre mesías, mártires y terroristas*, vol. I, Madrid, Machado Libros, 2001; CONVERSI, D.: *The Basques, the Catalans, and Spain: Alternative Routes to Nationalist Mobilization*, Londres, Hurst, 1997; WALDMANN, P.: *Radicalismo étnico: Análisis comparado de las causas y efectos en conflictos étnicos violentos*, Madrid, Akal, 1997 [Opladen, 1992], y SÁEZ DE LA FUENTE, L.: *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco: Una religión de sustitución*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002. Un resumen de las interpretaciones en MEES, L.: *Nationalism, Violence and Democracy. The Basque Clash of Identities*, Basingstoke-Londres, Palgrave Macmillan, 2003, pp. 28-30.

⁴² YSÀS, P.: *Disidencia*, *op. cit.*, pp. 151-153.

⁴³ Cfr. para un intento de interpretación NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Inventar la región, inventar la nación: acerca de los neorregionalismos autonómicos en la España del último tercio del siglo XX», en SABIO ALCUTÉN, A., y FORCADELL, C. (eds.): *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Barbastro, UNED-Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005, pp. 45-79.

manera paralela a la creciente reticencia del Estado central ante cualquier reconocimiento de un contenido político-administrativo o jurídico al concepto, meramente cultural y etnográfico, de *región*, algunos círculos académicos comenzaron a avanzar la necesidad de reforzar la descentralización regional con base en criterios meramente funcionales. Eran particularmente activos en el campo de la Planificación Económica y estaban influidos por las teorías de Gunnar Myrdal, la geografía territorial y el análisis económico regional. Desde la puesta en práctica por el régimen de la política económica *desarrollista* mediante la potenciación de polos regionales, algunas elites políticas pasaron también a considerar aquellos postulados académicos e intelectuales como fórmulas actualizadas y útiles de gestión del territorio. Fue el caso de presidentes de Diputación, concejales y alcaldes, así como de profesores universitarios de provincias, desde principios de la década de 1970⁴⁴.

Según sus defensores, la descentralización favorecería la institucionalización de una unidad territorial plenamente funcional por su tamaño para la eficaz coordinación de la gestión económica. Las fronteras de las regiones no debían ser delimitadas necesariamente con base en criterios históricos y/o culturales. Más bien, los límites físicos se debían fijar atendiendo a las necesidades de la planificación territorial, de acuerdo con lo que se suponía que eran los intereses económicos objetivos de cada *región*⁴⁵. Como reconocía en un discurso pronunciado ya en 1976 el Delegado Nacional de Provincias José Luis Pérez Tahoces, se trataba de articular una nueva ordenación del territorio que plasmase una justa distribución de los beneficios del progreso económico tardofranquista, y diese unción al ideal de la unidad en la variedad, pues «un sentido regional sensato y rec-

⁴⁴ Cfr., por ejemplo, la evocación del miembro del Gabinete Técnico de la Presidencia bajo Carrero Blanco MEILÁN GIL, J. L.: *La construcción del Estado de las Autonomías. Un testimonio personal*, A Coruña, Fundación Caixa Galicia, 2003, pp. 20-26. Pero también la producción de los especialistas en Derecho administrativo desde la década de 1960. Cfr. *El desarrollo regional en España*, Madrid, Eds. del Movimiento, 1962; MARTÍN MATEO, R.: *El horizonte de la descentralización*, Madrid, IEAL, 1969, y MARTÍN RETORTILLO, S. (ed.): *Descentralización administrativa y organización política*, 3 vols., Madrid, Alfaguara, 1973.

⁴⁵ GARCÍA ÁLVAREZ, J.: *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político de España*, Madrid, Temas del Senado, 2002, pp. 356-369, y GARRIDO LÓPEZ, C.: «El regionalismo “funcional” del régimen de Franco», *Revista de Estudios Políticos*, 115 (2002), pp. 111-128.

to potencia la vida de la Patria»⁴⁶. La expansión de estas teorías fue paralela a la extensión de un tímido proceso de recuperación de símbolos, mitos históricos y materiales culturales locales. Eran campañas e iniciativas que gozaron de la tolerancia, y a menudo de la complicidad, de las diputaciones provinciales y hasta de la Secretaría General del Movimiento.

Postulados similares, combinados con la aceptación del reconocimiento de las peculiaridades culturales de las regiones, estuvieron también presentes en las varias asociaciones políticas de signo reformista creadas al abrigo de la Ley de diciembre de 1974, desde la *Unión del Pueblo Español* de Adolfo Suárez y José Solís hasta la *Unión Demócrata Española* de Federico Silva Muñoz y Alfonso Osorio. No faltaban reformistas del régimen, como los integrantes del grupo *Tácito* creado en 1973, que también se pronunciaban por una limitada autonomía regional de índole política y administrativa⁴⁷.

Una tendencia paralela hacia la adopción de postulados regionalistas nació de la doctrina «oficial» de afirmación de las peculiaridades regionales de España. Este discurso fue tolerado por el régimen franquista desde mediados de la década de 1940. No se salía un milímetro del marco discursivo y de la narrativa del españolismo regional: el folclore, las tradiciones ancestrales y, particularmente, el paisaje de las regiones y pueblos de España fueron presentados como la esencia consuetudinaria y orgánica de la nación. Instituciones provinciales varias, desde la *Academia Alfonso X el Sabio* de Murcia (1940) hasta el *Instituto de Estudios Asturianos* de Oviedo (1946), asumieron la tarea de estudiar y exhumar con ánimo de anticuario dialectos y hablas, de rastrear restos de cultura material y folklore, de elaborar eruditas historias locales y provinciales. La tarea de estas instituciones era entendida como una contribución plural y desde abajo, desde la base, de la parte más sana de la nación a un patrimonio común español⁴⁸. Pero también subyacía en ello una estrategia

⁴⁶ PÉREZ TAHOCES, J. L.: «Apertura del curso», en CENTRO DE ESTUDIOS DEL MOVIMIENTO «FERNANDO HERRERO TEJEDOR»: *El Regionalismo. XVII Curso sobre problemas políticos de la vida local*, Madrid, Secretaría General del Movimiento, 1977, pp. 17-26.

⁴⁷ MUÑOZ SORO, J.: «El discurso del antifranquismo sobre la cuestión regional-nacional en la revista *Cuadernos para el Diálogo* (1963-1975)», *Spagna Contemporanea*, 22 (2002), pp. 40-65.

⁴⁸ Cfr. GIL MARÍN, M. A.: *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975*.

orientada a conseguir un mayor arraigo local de la identidad nacional redefinida por el franquismo. Imágenes y símbolos locales debían sustentar tramas de significados capaces de promover la identidad hispánica. Y ello debía ser así particularmente en aquellos territorios, como el País Vasco, donde la diversidad etnocultural era aceptada como un hecho irreversible que urgía reconducir a márgenes aceptables.⁴⁹ Los carteles turísticos, algunas películas y los sellos de correos constituyeron un buen ejemplo de aquella estrategia. Como también lo fue la utilización por parte del régimen de fiestas locales, como las fallas valencianas, a cuyo alrededor existía un amplio tejido de asociaciones en las que la identidad local y/o regional se entendía como una variante del españolismo oficial⁵⁰.

El efecto de este «españolismo regional» fue ambiguo. Por un lado, pretendía ser apolítico y quería cimentar la fidelidad de las regiones y provincias de España a un proyecto nacional común e indiscutible. Pero, por otro lado, también contribuyó a (re)crear símbolos, imágenes y discursos de cierto contenido vindicativo, y proporcionó un repertorio renovado de iconos culturales, discursos historiográficos y símbolos que podrían constituir la base de un discurso político de reivindicación (etno)territorial. Este proceso se registró en regiones como Aragón o Asturias. Y es que el discurso patriótico español podía adoptar la forma que en parte había asumido en periodos anteriores: la del españolismo regional(ista). De ahí que uno de los repertorios discursivos a través de los que se podía expresar el nacionalismo español era, paradójicamente, la reivindicación no sólo *regional*, sino *regionalista*, en la medida en que aquella aspirase a la simetría de trato entre los diversos territorios de la nación.

De este modo, a la muerte del dictador quedaron sentadas las bases de varios de los elementos que configurarían el modelo de «conurrencia múltiple etnoterritorial» (según la definición de Luis Moreno) que habría de caracterizar a la posterior democracia española. A saber: la coexistencia de reivindicaciones nacionalistas que

La historia local al servicio de la patria, Zaragoza, PUZ-Institución Fernando el Católico, 2005, pp. 101-106.

⁴⁹ Cfr. LAMIKIZ JAUREGIONDO, A.: «Ambiguous “Culture”: Contrasting Interpretations of the Basque Film *Ama Lur* and the Relationship Between Centre and Periphery in Franco’s Spain», *National Identities*, 4: 3 (2003), pp. 291-306.

⁵⁰ Cfr. HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.-M.: *Falles i franquisme a València*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1996.

aparcaron momentáneamente la aspiración a la soberanía y/o al Estado plurinacional para dar paso en primer lugar a la restauración de la democracia; la presencia de nacionalismos radicales anclados en el rechazo a la identidad española, oposición reforzada por la equiparación de esta última con un régimen represivo; la pervivencia de posicionamientos pseudofederalistas en la izquierda, y pseudorregionalistas en la derecha postfranquista; la floración de reivindicaciones producto del efecto imitación/reacción generado por los nacionalismos catalán y vasco en otros territorios de España; así como el surgimiento de nuevos nacionalismos (como en Canarias, en parte en Andalucía) y de diversos neorregionalismos.

El franquismo no creó tantos nuevos españoles como pretendía. Generó amplios rechazos a su versión canónica de la identidad española y contribuyó a que, por un lado, se reprodujesen socialmente y experimentasen procesos de transformación las identidades nacionales diferentes alternativas allí donde ya eran fuertes; y, por otro lado, a que surgiesen nuevos nacionalistas periféricos. Estos últimos fueron producto de la deslegitimación ideológica del nacionalismo español y de la cultura política de oposición al franquismo, pero también bebieron de varias de las fuentes doctrinales que circulaban en Europa occidental en el periodo analizado. A pesar de la paradójica extensión de la educación, el servicio militar y la amplia propaganda desplegada por el régimen de Franco, así como de la expansión definitiva del conocimiento del castellano a través de los medios de comunicación de masas, el segundo proyecto de renacionalización autoritaria del siglo XX fracasó en sus objetivos.